

0

C^a 497 227

[Faint handwritten text]

PABLO E. NIETO

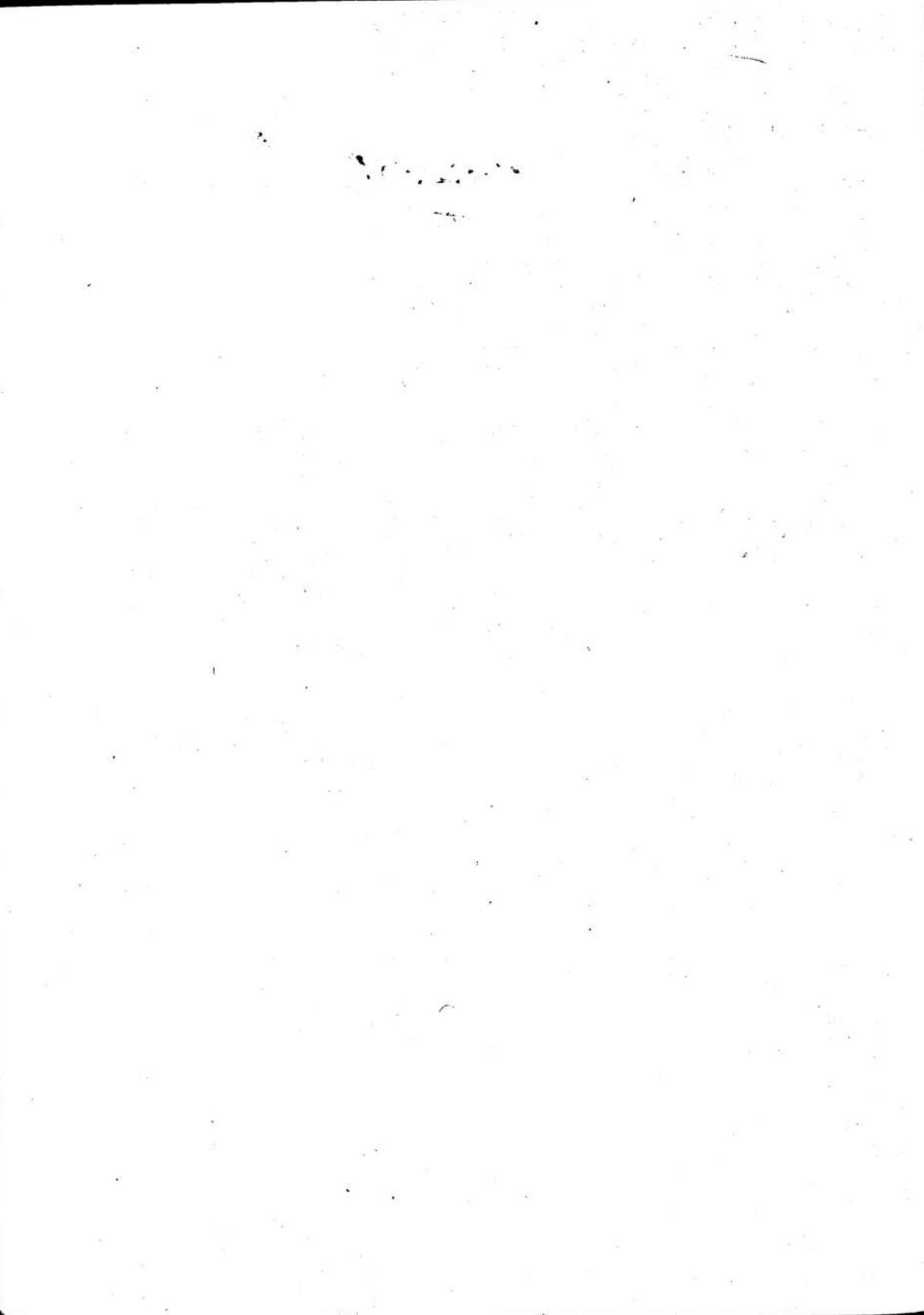
JUSTIFICACION

DE

MR. ROOSEVELT



1912



JUSTIFICACIÓN DE MISTER ROOSEVELT



35702

PABLO E. NIETO

JUSTIFICACION

DE

MR. ROOSEVELT



1912



Nada más natural que, haciendo uso de la correspondiente licencia, tratemos de buscar distracciones al espíritu para así obtener algunas pequeñas compensaciones á las duras penalidades que, en unión de los Marineros Españoles, hemos experimentado en la actual campaña de Marruecos. Pensando así, hemos venido á las grandes metrópolis.

Aquí, en París, en todas partes, á compatriotas y á extraños hemos oído enérgicas protestas ante la actitud descarada de quien no contento con habernos despojado, se complace en insultarnos, pretendiendo además que aparezcamos como pueblo salvaje.

Nos parece, pues, lógico, que antes de regresar á nuestro barco y aprovechando la tregua de las vacaciones, contemos á la hidalguía española el inicuo proceder de que somos objeto por el enorme delito de haber sabido conservar nuestro honor á la altura debida.

P. E. N.

Londres, Enero de 1912.





El ex-Presidente Roosevelt está publicando en la prensa yanqui varias declaraciones tendientes á demostrar las altas razones que movieron á los Estados Unidos á *cogerse* el Istmo de Panamá.

Por respeto á la Sociedad Española no transcribo aquí, del léxico usado por el Sr. Roosevelt, sino lo estrictamente necesario para tratar de decir algo que haga ver la falsedad de todo lo que allí se afirma. Así, pues, mis palabras serán moderadas.

«..... Colombia había demostrado ser absolutamente incompetente para cumplir los deberes ordinarios de un Gobierno, tal como debe esperarse que éste sea en un país civilizado; además, rehusó permitir la construcción del Canal en condiciones que hubieran permitido mantener su dominio sobre el Istmo, y que al mismo tiempo hubieran puesto fin á lo que con justicia puede llamarse gobierno por una sucesión de bandidos. Los Estados Unidos se habrían mostrado como criminales, á la par que impotentes, si hubieran tolerado por más tiempo la continuación de este estado de cosas...

«..... No solamente hicimos lo que era técnicamente justificable,

sino que hicimos lo que exigían todas las consideraciones prácticas, nacionales é internacionales. Cumplimos con nuestro deber para con el pueblo de Panamá, cumplimos con nuestro deber para con el mundo, cumplimos con nuestro deber para con nosotros mismos. No hicimos daño á nadie, excepto el daño que se le hace á un bandido por el Agente de policía que lo priva de su oportunidad de saqueo...»

Prescindiendo del burdo lenguaje, quiero que nos fijemos en lo que atañe á los distintos bienes que la emancipación de Panamá produjo, según el ex-Presidente yanqui.

Tres son, en resumen, los deberes que el Sr. Roosevelt tiene la satisfacción de haber cumplido. Cumplió para con el pueblo de Panamá, para con el americano, para con la humanidad!

Pocos son, en verdad, los hombres que logran bajar de los solios con la conciencia tan tranquila después de haber hecho tanto bien.

¡Qué feliz se debe vivir después de una labor tan intensa! ¡Qué apaciblemente debe esperarse la llegada de la muerte cuando toda la vida ha sido empleada en beneficio de los demás. ¡Cómo envidio yo una conciencia como la de Mr. Roosevelt!

Pero, vamos por partes y veamos algo de ese favor que se asegura se hizo al pueblo Panameño separándolo del Colombiano.

¿Habrá en el mundo cándidos que crean en la espontaneidad del *movimiento popular* que dió origen á la independencia de Panamá? Yo creo que no.

Hoy todos podemos ver claro lo que allí pasó y todos podemos ver que el pueblo fué ajeno al movimiento (llamémosle así); y fué ajeno por la sencilla razón de que era libre y, por consiguiente, no podía predicarse la libertad y así no hubo modo de pedirle su aquiescencia ó su auxilio para llevar á cabo la separación. Los habitantes de la ciudad de Panamá, á pesar de estar en el foco de la revolu-

ción, ignoraban que se pensase en semejante cosa, y si esto pasaba en la Capital, puede pensarse lo que pasaría en el resto del Departamento; ciudades y pueblos hubo en los cuales subsistieron las autoridades Colombianas hasta veinte días después del de la emancipación; tal era la popularidad y buena organización del movimiento.

La separación de Panamá no la llevó, pues, á cabo el pueblo, ni siquiera una fracción ó partido, no. La *República* vino porque Colombia, en mala hora, dió aliento á cuatro ó cinco desalmados que no tuvieron inconveniente en vender, por un puñado de oro, su patria, su honra, su conciencia. Los altos funcionarios del Departamento, perjuros y traidores, fueron los *próceres* de la *épica* jornada del 3 de Noviembre de 1903. Pero por sobre estos personajes, tristemente célebres, se alza la figura del entonces primer Magistrado de la Gran República, alma del infame complot que había de deshonrarlo á él y también á su Patria.

En Washington, en la Casa Blanca, se apaleó el dinero ante los desgraciados Colombianos que tuvieron la debilidad de oír las iníquas proposiciones del amo de la casa. La ambición los cegó.

Había mucho oro y nada de dignidad en la Mansión que honró Jorge Washington.

Y allí, en los lujosos salones, en conciliábulo diabólico presidido por D. Teodoro Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos, se decidió de la suerte de un pueblo cuya nobleza nadie ha puesto en duda. De allí, de aquella morada, salieron ya vendidos, borrachos y con el tintineo de los *dollars* en los oídos como una maldición eterna, los hombres que habían de escribir la página más dolorosa de la Historia de Colombia y la más degradante de la de los Estados Unidos.

Y fueron á Panamá, y detrás de ellos los barcos que habían de cooperar á la *magna* empresa, no permitiendo ninguna acción por

parte de Colombia después del pronunciamiento revolucionario. En Panamá y en Colón el oro rodó por los cuarteles, pero éste no fué suficiente para comprar á muchos verdaderos Colombianos que prefirieron la prisión y los tormentos á una vil traición. Ese fué el popular movimiento separatista, el inspirado por el oro y por el alcohol que también corrió á torrentes la memorable noche.

¡Al otro día Panamá era libre! Con esa nueva se encontraron los pacíficos ciudadanos en la mañana del día 4. En seguida se publicó que los Estados Unidos ya habían reconocido la nueva República y que estaban dispuestos á no permitir el desembarque de tropas Colombianas que en Cartagena y en Barranquilla se alistaban.

¿Qué hizo entonces el pueblo Panameño? Lo que hizo ese pueblo, el honrado, se entiende, fué protestar de aquella impostura, y después de jurarse á sí mismos ser Colombianos siempre, someterse á la aplastante convicción de los hechos cumplidos.

Un pueblo que anhela salir de la opresión, lo primero que hace es alentar y honrar á los que se sacrifican por libertarlo. Eso lo vemos en todas las etapas de todas las Historias. Luego, si el pueblo de Panamá estaba oprimido y deseaba la libertad, debió glorificar al héroe que con su espada victoriosa lo llevó á la vida libre, debió honrar á Estéban Huertas, alma militar del separatismo. ¿Y qué se hizo con el que debía ser ídolo de las masas? Se le maldijo, se le escupió y se le negó el título de ciudadano; y hoy Huertas, el más infame de los infames, purga su horrendo delito allá en las Montañas de Chiriquí, abandonado, despreciado de todos y viviendo del jornal que gana con la azada, pues hasta una miserable soldada le negaron los Panameños. Todavía dirá Mr. Roosevelt que cumplió, que llenó los anhelos de los Panameños?

Ese pueblo es Colombiano. Su corazón late al unísono con el nuestro. Nuestras penas son tuyas y las tuyas nuestras.

Por eso nosotros lo compadecemos en la esclavitud en que lo tienen los esbirros del Norte. Por eso ayer que un pueblo atrevido quiso insultarnos, se alzó en Panamá no sólo el grito de protesta, sino un patriótico clamoreo que decía lo que allí se siente cuando Colombia sufre. Y cuando en las ciudades y en todos los rincones de mi Patria se deseó reunir dinero para comprar armamentos con qué hacer respetar nuestros fueros, Panamá figuró como hija de Colombia y en todas sus poblaciones se instalaron comités y juntas que recaudaron sumas respetables que fueron ofrecidas al Gobierno de Bogotá. Un pueblo que hace todo esto, ¿ha podido desear su separación de la Madre Patria?

Todo esto que he dicho es el sentir de la masa honrada del pueblo de Panamá, de los buenos ciudadanos que, si son Panameños de nombre, son también Colombianos de corazón.

Ahora un aparte y después una pregunta respetuosa al Sr. Roosevelt; respetuosa en atención á la prensa de la Nación en que vivo y no por respeto á quienes no merecen la menor consideración.

Regresaba el ex-Presidente de su famosa excursión al Africa en uno de esos hermosos palacios flotantes que hacen el recorrido entre Europa y los Estados Unidos, en el cual iba también un selecto pasaje de millonarios y aristócratas, contándose entre él una honrabilísima familia de la alta sociedad de Panamá.

El Capitán del trasatlántico, fervoroso admirador del insigne yanqui, quiso demostrarle á éste su admiración y no encontró para esto nada más natural que dar una fiesta en su honor antes del término del viaje.

En efecto; se organizó una hermosa fiesta, se adornó el barco con banderas, gallardetes y flores y se confeccionó un magnífico programa en el cual habría de figurar una conferencia ó relato de Mr. Roosevelt, que así quería demostrar su agradecimiento por el agasajo de que era objeto.

Se llegó al momento de la ceremonia. En cubierta el Capitán, los Oficiales y el mismo Roosevelt, invitaban á las damas á bajar al salón. Entre éstas estaba la señora de Vallarino, hermosa y noble dama de la aristocracia de Panamá. La animación era bastante, pues siempre una fiesta á bordo, y más en alta mar, tiene grandes atractivos.

La señora de Vallarino estaba rodeada de damas y caballeros cuando alguien se le acercó para invitarla á ir á la cámara; y es entonces cuando aquella dignísima matrona dice, con soberano desprecio:

Yo no asisto á una fiesta que se dá para honrar al que tanto daño ha hecho á mi Patria.

Y poniendo en su semblante un gesto de reina ofendida, se alejó con ademán magestuoso, mientras el insigne cazador, el benefactor de la humanidad, sentía sobre su frente toda la enorme responsabilidad de sus acciones y se estremecía de manera rara ante el bello gesto que vió dibujarse en el rostro de la que lo despreciaba. El número que á cargo del ex-Presidente aparecía en el programa, no debió resultar nada brillante, pues después de un bofetón no se debe estar para conferencias ó discursos.

Viene ahora la pregunta, ya lo dije, respetuosa:

—Dígame, Sr. Roosevelt: ¿qué sintió usted cuando aquella dama le enrostró su innoble proceder, ante aquella escogida concurrencia? Quizá diga usted que lo que sintió en aquel momento pertenece á aquellas sensaciones que sólo pueden experimentar los seres superiores y que, por consiguiente, los demás mortales no podemos comprender. Si usted dice eso, lo dirá con razón, pues no en balde se ha sido Libertador, Presidente, Cazador de fieras; se ha sido todo eso para tener derecho á sentir emociones extrañas para el común de los hombres.

Sin embargo, si usted se dignase bajar al nivel de éstos, nada

más que un momento, yo tendría el atrevimiento de decirle lo que creo que se debe sentir cuando una mujer desprecia á un hombre. Se debe sentir algo así como el asqueroso frío de una saliva en la frente; algo así como el infamante latigazo descargado en pleno rostro por el rencor de una mano fina y adorable. Sí, señor; á usted lo azotó la mano bellamente blanca de una mujer patriota, y la herida de ese golpe vil la lleva usted chorreando sangre, en su corazón y en su dignidad de hombre.

Damas como la que tan hondamente despreció á Roosevelt, son todas las que nacieron al amoroso abrigo del pabellón Colombiano y que jamás transigirán con el inmundo negocio que se hizo en Washington y en el cual se sacrificó la integridad de Colombia, la libertad de Panamá y el honor de los Estados Unidos.





Los bienes que al pueblo de los Estados Unidos reportó la independencia de Panamá, son, sin duda, los que más aprecia el ex-Presidente, y son también los que más hablan en contra de la labor de éste y los que han de perjudicarlo más en su próximo ocaso político.

El Sr. Roosevelt se equivocó enormemente cuando creyó que al hablar á sus compatriotas en los términos que lo ha hecho en el «Outlook», sobre la imperiosa necesidad de cogerse el Istmo, se justificaba, y una vez justificado, el gran pueblo lo proclamaría el más excelso de sus hijos. El resultado de la gestión periodística le ha sido contraproducente, pues ha levantado en toda la Nación un vocerío ensordecedor en favor de una reparación á Colombia. Eso es lo que vulgarmente llamamos «ir por lana y volver trasquilado.»

Mr. Roosevelt estaba convencido de que tocando el resorte del asunto de Panamá, las masas lo llevarían á la Presidencia. Por eso principió con tanto tacto, halagando al pueblo, diciéndole que dentro de poco tiempo sería poseedor de la obra más colosal del mundo;

que al esfuerzo, á la diplomacia, á la riqueza de los norte-americanos se debía la apertura del canal y que, por tanto, todo buen ciudadano debía sentirse orgulloso de tan magna obra. Es decir, había ponderado todo el beneficio que traería el canal, y esperaba que cuando todos sus conciudadanos se diesen exacta cuenta de tanta maravilla, y él les dijera, como lo ha dicho, *yo hice el canal*, lo llevarían directamente á la Casa Blanca, para que allí continuase sus grandes hazañas.

Pero, desgraciadamente para él, no ha sido así. Las palabras de Roosevelt solo han contribuído para que los yankis todos abominen toda la acción que su patria ha tenido en Panamá, pues aquél, en su afán de hacerse aparecer como el único constructor del canal, ha hecho declaraciones que van á afectar hondamente la dignidad del pueblo americano.

Veamos algo de lo que en el «Outlook» dice Mr. Roosevelt cuando quiere expresar que él por sobre el mismo Congreso se cogió el Istmo de Panamá: «... Si yo hubiera seguido los métodos rutinarios, hubiera presentado al Congreso un largo documento de Estado, probablemente de doscientas páginas, cuya discusión, sin duda, aún continuaría. Pero yo me *cogí* la zona del canal de Panamá y dejé que el Congreso discutiera...»

Parece mentira que un hombre del talento de Roosevelt haya sido capaz de decir semejantes cosas. Cómo se conoce el apego que le tiene al sillón presidencial, porque solo así se explica que hoy se vanaglorie de haberse burlado del Congreso y haber hecho su voluntad, como tan descaradamente lo confiesa.

También más adelante, y machacando sobre su omnipotente y exclusiva intervención en el asunto, dice: «...La verdad del caso es, como lo he dicho en otras partes, que cuando los intereses de los Estados Unidos exigían imperiosamente que ciertas cosas fueran hechas y yo me hallaba con poder para realizarlas, las realizaba, á

menos que hubiese ley específica prohibitiva, en vez de rehusar tímidamente obrar, limitándome á hacerlo en los casos en que hubiera una estipulación legal que me impusiera el deber de obrar. En otras palabras: en el caso de duda, dí el beneficio de esa duda á los Estados Unidos y no la dejé que obrara en poder de ningún grupo de bandidos extranjeros ó domésticos, cuyos intereses pudieran estar contrapuestos á los del pueblo de los Estados Unidos...»

Los Estados Unidos han rechazado de manera honrosa todas las declaraciones del ex-Presidente. Y las ha rechazado la Nación, porque ahora es que ha venido á ver claro todo el bajo papel que en Panamá se le hizo representar.

Por su inmenso poder, por sus riquezas y por su situación topográfica con respecto al Istmo, los americanos comprendían que si ellos directamente no eran los constructores del canal, sí tendrían la hegemonía en el paso; hegemonía que hubieran ejercido, sin que la soberanía de Colombia y la libertad de Panamá se hubiesen afectado.

Podemos, pues, asegurar que el deber que Teodoro Roosevelt cumplió para con sus compatriotas al apropiarse el Istmo, resulta para su patria un inmenso y hondo mal.

La precipitación con que las Potencias europeas reconocieron la nacionalidad de la República nacida el 3 de Noviembre de 1903, constituye para mí una valla insalvable, pues no me siento capaz de abordar este asunto que aun ilustres internacionalistas han rehuído, y por tanto solo podré referirme al desprestigio que en el Nuevo Mundo sufrieron y sufren los Estados Unidos, como consecuencia de su participación en el surgimiento de la nueva República de Panamá.

La doctrina Monroe, nacida, alimentada y pregonada en el Norte de América, hacía que todos los pueblos del Sur viesan en aquella gran Nación un centinela avanzado que velaría por la integridad de todo un mundo; ella hacía que siempre volviésemos los

ojos á aquel pueblo pidiéndole ya consejos, ya energías ó mediaciones en nuestras riñas de frontera; y aunque ellos son de otra raza, de otras creencias, de otras costumbres, nosotros habíamos solo seguido la continuidad del Continente y en el Norte de él quisimos que latinos y sajones fuesen uno, para defender la integridad de nuestra patria común, de esa patria que principia en las heladas estepas de Alaska y termina en la Patagonia.

Todos estos bellos ideales, que estaban en el corazón de todo buen americano, tuvieron un triste epílogo en la dolorosa tragedia de Panamá.

En ella demostraron los Estados Unidos, ó mejor dicho, los que entonces mangoneaban, que si ellos eran nuestros vigilantes querían ser también traidores y falsos y que querían aprovecharse de su excepcional situación para tomar para sí el más valioso y preciado trozo del gran continente.

Y entonces surgió el abismo inmenso, insondable, que hoy separa á los pueblos del Norte de los del Sur.

El abismo está ahí, repleto de odios, de venganzas y de injurias; deteniendo corrientes beneficiosas para las dos razas y estrechando horizontes para sus engrandecimientos. Vea usted su obra, señor Roosevelt.

Si usted quiere oír maldecir su nombre y execrar á su pueblo, vaya á una nación latina de las del Sur. Allí verá usted cosas increíbles.

Verá á muchos honrados y laboriosos compatriotas suyos que han anasado con el sudor de su frente un modesto capital, dejar á todo escape sus haberes abandonados porque los naturales no compran sus productos, no utilizan sus servicios y, por último, les niegan hasta el agua y la leña.

De esta aversión, de este odio al yanqui, ví yo antes de salir de

Colombia una prueba elocuente que habla muy alto de la cultura del pueblo de Bogotá.

La Compañía del Tranvía, de la capital, la constituían poderosos capitales yankis. El negocio era soberbio, toda vez que era el tranvía más caro del mundo (cinco centavos oro por cualquier pequeño trayecto) y aquella tenía contratos con la Municipalidad Bogotana, que la ponía en condiciones todavía más ventajosas.

Pero los colombianos no estamos conformes, ni lo estaremos nunca, con la secesión de Panamá, y en nuestra imaginación está perenne el recuerdo de quiénes son los responsables del despojo. Y con ese recuerdo siempre, usábamos el tranvía porque hace mucha falta, porque salva distancias enormes dentro de la misma ciudad, y porque une á Chapinero, el Versalles colombiano, con Bogotá. Así las cosas estaban; los señores yankis, los amos del tranvía, guardaban y guardaban pingües rendimientos, cuando he aquí un alto empleado de la Empresa que levanta la mano para castigar á un chiquillo que se prende á un carro. Ver esto los pasajeros y lanzarse sobre el insolente americano, fué todo uno. ¡Poco faltó para que el pueblo linchase allí mismo al funcionario yanki! Y entonces empezó la épica jornada que engendraría la ruína de una rica Empresa y pregonaría al mundo cómo también los pueblos se hacen justicia por sí mismos. Vino el *boycoteo*. Pero un *boycoteo* ajeno al mercantilismo, inspirado solamente en el amor á la patria y reviviendo el recuerdo de los que nos ultrajaron. Fué aquello un torneo de proezas, de sacrificios y de privaciones: el pueblo no volvió á usar el tranvía y los carros pasaban como espectros, sólo, brindando á los cansados transeuntes sus cómodos asientos. Nadie se atrevió á subir á un carro del tranvía; las Empresas de coches y automóviles bajaron sus tarifas y establecieron servicios rápidos entre los extremos de la ciudad y el ferrocarril del Norte organizó un servicio especial con Chapinero. La ruina de la Compañía era inminente, pues según contrato, los carros debían se-

guir circulando y circulaban, pero sólo, y esta soledad, esta humillación del yankí, era el estímulo para proseguir con ardor el *boycotage*.

Al fin, triunfó la constancia del pueblo colombiano, pues la Empresa, antes que perderlo todo, vendió al Municipio el material rodante y todas las instalaciones, y hoy el tranvía funciona, pero es netamente colombiano.

Cabe también preguntar aquí qué les contestaría el Sr. Roosevelt á los accionistas del tranvía, si éstos le preguntasen si él sabía las causas por las cuales Bogotá *boycoteó* sus tranvías. Muchos son, realmente, los beneficios del pueblo de los Estados provenientes de la separación de Panamá.

Arriba dije muy de prisa que en los Estados Unidos se alza un clamoreo en el sentido de que se le dé á Colombia una completa satisfacción por el despojo de que fué objeto.

La campaña se ha iniciado con gran empuje y la idea toma cuerpo y parece llegar á tener visos de realización. Quienes han iniciado la campaña, es porque verdaderamente aman á su patria, pues quieren quitarle, en lo posible, el enorme peso que gravita sobre ella.

Podría creerse que los americanos que en este sentido trabajan fuesen solo aquellos que militan, políticamente hablando, en un bando opuesto al de Mr. Roosevelt, y esto no es así. La idea ha brotado en todo el elemento sano de todos los partidos, sin que haya necesidad de ocultar que el partido demócrata tiene, como consecuencia de sus ideales, una solución honrosa en el asunto de Panamá.

Para que se juzgue del grado que ha alcanzado en los Estados Unidos el sentimiento honrado de una satisfacción á Colombia, copio lo que sigue del gran diario neoyorkino *El Tiempo*:

«...La declaración de Mr. Roosevelt acerca de la ausencia de todo indigno procedimiento con respecto á Colombia, no puede ser el

desideratum de este asunto: mucho menos, cuando sobre él, mister Roosevelt, pesa la acusación de haber sido «el facultativo, el comadrón y la nodriza» de la República de Panamá, sindicándosele, además, de ser también su progenitor. Así, pues, Mr. Roosevelt no se encuentra en condiciones de constituirse en juez único é inapelable de esa causa de la cual es el principal reo demandado.

La cuestión por resolver entre Colombia y los Estados Unidos es de la más clara y sencilla solución. Para satisfacer el deber moral ineludible en que nos encontramos relativamente á Colombia, debemos propender al ajustamiento de un tratado honroso y mutuamente satisfactorio; y si ello no fuere posible, someter esa querrela al Tribunal de La Haya ó á un distinto Cuerpo de Arbitraje, en la seguridad de que, éste ó aquel procedimiento, habrán de redundar en indudables ventajas para nuestro comercio y políticamente nos procurarán el beneficio de aminorar la prevención con que se nos mira en Sur América, prevención que tiene sus cimientos en nuestra desorientada é inhábil política internacional, en la cual culmina como la vergüenza más manifiesta «EL ROBO DE PANAMÁ.»

Realmente, merecemos una satisfacción y no seremos nosotros los que esquivemos el camino que ha de conducirnos á un amistoso arreglo. Que venga en buena hora la amistad y el olvido siempre, eso sí, que nuestros indiscutibles derechos sean reconocidos y que nuestra soberanía sobre el Istmo sea lo que era antes de 1903.

Los Estados Unidos son muy fuertes, son muy ricos, y sin la intervención, en la alta dirección, de individuos fatales, podría realizar en el Sur una política amplísima que dilataría sus dominios mercantiles y haría que su nombre, en vez de maldiciones, mereciese alabanzas. Porque ya los suramericanos tememos mucho al poderío del *tío Sam*, y allí nos estremecemos cuando se habla del *brutal coloso*; y lo tememos, no precisamente por lo segundo, pues la fuerza cuando hay nobleza no inspira miedo, sino que temblamos por lo primero.





Por último, he de decir algo de los favores que Mr. Roosevelt hizo á la humanidad arrebatándonos el Istmo.

Para poder afirmar esto habría sido necesario que Colombia, propietaria de la zona del canal, se hubiese opuesto á que se abriese el paso.

El Sr. Roosevelt lo ha dicho: que Colombia se había negado repetidas veces á la construcción del canal; y es esto una de las falsedades más grandes que se han podido decir.

Colombia siempre estuvo dispuesta á entrar en negociaciones con todos aquellos que se sentían con fuerzas suficientes para acometer la obra y á ella acudían.

Gestiones de los Gobiernos Colombianos fueron las que dieron por resultado la formación de la Compañía Francesa que acometió con bríos la construcción. A dicha Compañía le dió Colombia todo lo que podía darle: autorizaciones, garantías, etc., etc., y le negó lo que le negó á los yanquis después: el menor derecho de soberanía ó algo que tocara á la dignidad de la Nación.

Si Colombia no hubiese tenido esto tan presente, quizá el señor Roosevelt no se pudiera envanecer de haberse cogido el Istmo, pues el Canal lo habrían abierto los que tuviesen más oro para darnos y después más cañones para hacer respetar su compra.

Porque yo creo que todas nuestras desgracias vienen de esa nobleza que dirigía todos nuestros actos. Nosotros anhelábamos la apertura del canal, pero queríamos un canal para el mundo, sin privilegios para nadie, excepto los que Dios nos dió como legítimos propietarios. Ahí, pues, está nuestra perdición, en la honradez con que procedíamos y en la gallardía con que rechazamos propuestas que se nos hacían, deslumbradoras desde luego, pero que afectaban nuestra decencia de hispanos.

Mientras el Sr. Roosevelt gobernaba, la Compañía Francesa se declaró impotente para proseguir las obras en el Canal y fué entonces cuando el Gabinete de Washington propuso al de Bogotá una negociación que diese por resultado la terminación de las obras. Contesté el Sr. Roosevelt: ¿se negó Colombia á oír las proposiciones de los Estados Unidos? Absolutamente. De Bogotá se dieron órdenes á nuestro Ministro en Washington, Dr. Herrán, para que concertase un convenio ó tratado sobre el asunto.

Nuestro Ministro y el entonces Secretario de Estado del Gabinete yanqui, se pusieron al habla, y tras de mucha labor concertaron un tratado que el honor de Colombia no podía aceptar.

En el tratado Herrán-Hay la soberanía de Colombia quedaba nominal y además se autorizaba á la flota yanqui para recalar en nuestros puertos del Caribe.

No será aquí donde yo hable de la labor del Dr. Herrán (que en paz descanse), ni tampoco he de decir nada de la astucia de Mr. Hay.

Hoy sólo se puede decir que lo que allí se trató era inaceptable para Colombia, y como el tratado para su validez necesitaba de la

aprobación del Congreso Colombiano, tuvo que ir á Bogotá y allí fué sometido al estudio de las Cámaras que, con una actitud que nos da honor, lo improbaron por unanimidad.

El tratado, pues, fué devuelto á Washington, y en notas correctísimas de la Cancillería Colombiana se apuntaban aquellas cláusulas que más afectaban la dignidad Nacional y á la vez se hacían contra-proposiciones que si hubiesen sido estudiadas de seguro se hubiera llegado á un acuerdo amigable y decoroso para ambas partes.

Pero no fué así. El Presidente tenía sus planes muy bien meditados y con lo hasta entonces sucedido ya pudo decir que Colombia se negaba á que el Canal fuera abierto.

Fué entonces cuando olvidó que en el tratado solemne suscripto en 1846 entre los Estados Unidos y Colombia, se reconocía por aquellos á ésta la absoluta soberanía sobre el entonces Estado de Panamá. Fué entonces cuando pisoteando dicho solemnísimos Convenio llamó á los que debían de ser sus cómplices en los tenebrosos complots que su audaz imaginación forjara. Y fué entonces cuando se llegó al 3 de Noviembre de 1903.

¿Por qué no quiso el entonces Presidente reanudar las negociaciones con Colombia? Con toda seguridad no sería por mala voluntad de esta Nación, que hacía lo posible por la pronta apertura del Canal y que ya poco se preocupaba de grandes intereses materiales con tal de dejar á salvo su integridad y su honor.

Todo fué en vano. La ambición personal pudo más que el querer de los pueblos, y la traición y la infamia pusieron violento fin á toda buena voluntad.

El cargo que Mr. Roosevelt hace á Colombia de oposición al franqueo del Istmo, es gratuito y es injurioso. Colombia, lo repetiré mil veces, deseaba, como el que más, la unión de los Océanos, pero este deseo no era lo suficientemente grande para llevarla á aceptar

condiciones desdorosas y contrarias á la moral de las Naciones. *Paso, sí, pero paso para todos*, era nuestro lema, y con él en alto tuvimos la satisfacción de sucumbir. Sucumbimos víctimas de la traición de malos Colombianos y de aventureros sin nombre, pero hoy ante el mundo podemos decir que nos portamos con caballerosidad, que hicimos lo posible porque la joya que nos cupo en suerte fuese, después de labrada y pulida, útil á la humanidad. Hicimos lo posible para que esa joya no cayese en manos extrañas que, de seguro, como ya puede verse, harán mal uso de ella.

No hay, pues, no existe ese bien que el ex-Presidente hizo á la humanidad y del cual se muestra tan orgulloso. La humanidad se ha perjudicado grandemente con la separación de Panamá.

Dios no lo quiera, pero á mí me parece que algo muy grave y muy trascendental ha de suceder el día que corran las aguas á través del Istmo y sintamos todos los hombres que se nos pone un veto para poderlo atravesar.

Muy difícil veo que los intereses del mundo, que sin duda sufrirán una gran alteración, queden subordinados á los intereses que en la Zona ha creado un pueblo. Eso es únicamente bajo el punto de vista comercial.

Ahora, bajo el punto de vista político-internacional, es todavía más difícil que las Naciones, fuertes y débiles, se sometan á la actitud que quieran tomar los amos del paso.

Porque debemos entender que los Estados Unidos no se inspirarán en la misma política benévola y amplia de la Gran Bretaña. Esta es dueña del paso del Atlántico al Mediterráneo y, sin embargo, en Gibraltar nadie encuentra el menor obstáculo para forzar el Estrecho.

Y aquí conviene recordar que los ingleses, para enclavar su bandera en territorio español, no usaron ninguno de los medios que los yankis han puesto en práctica para hacer flamear la suya en Panamá.

Gibraltar fué arrebatado á España, cuando este país era tan fuerte ó más que Inglaterra y, por consiguiente, en lucha abierta.

También los hijos de la Albión ejercen la hegemonía en los extremos del Canal de Suez, y todos sabemos que aquella es una franca vía para el comercio mundial, sin distingos ningunos.

¿Sucederá lo mismo con el paso á través de Panamá? Como ya dije, tenemos motivos más que suficientes para creer que no será así.

La base en que descansa la obra que el pueblo americano lleva á cabo, está minada desde que se principió á trabajar en ella; y lo peor es que tiene la peor de las carcomas, la que más daño hace y la que al fin lo destruye todo: la carcoma moral.

Todo ciudadano norteamericano que se sienta con un criterio y que se detenga á analizar el prodigio que va á poseer su patria, no puede menos que sentir hondos remordimientos viendo la baja de los medios que se emplearon para adquirir á Panamá.

Y estos remordimientos serán mayores si se tiene en cuenta que la primacía en el futuro Canal la habrían tenido siempre, después de haber negociado con su legítimo dueño, que sólo pedía respeto para la integridad de su suelo y que ofrecía mil ventajas al que aportase el oro que hacía falta para volar las peñas de la zona ístmica.

Hoy todo yanqui honrado maldice á los que llevaron á su pueblo á una aventura inútil; aventura que sólo tuvo por objeto el despojo inícuo de que fué víctima una Nación débil. Para llevar á cabo ese despojo, se hizo caso omiso de palabras empeñadas y de tratados solemnísimos que, como el de 1846, fueron atropellados de una manera tan brutal, como no se registra en ninguna de las páginas de la Historia del mundo civilizado.

La actitud de Colombia, desde momentos después de la desmembración de su territorio, ha sido única; no reconocer la autonomía de Panamá.

Colombia alistó y envió, á raíz del levantamiento, fuerzas que habrían sido suficientes para someter á los revoltosos; pero las precauciones que el Sr. Roosevelt había tomado, impidieron el arribo de las tropas.

Luego envió á Washington una comisión de altas personalidades. A esta comisión cúpole el honor de hacer confesar al Gabinete yanqui su participación en los sucesos y de haber hecho ante el mundo entero una enérgica protesta por el atropello cometido.

No es de extrañar, pues, que Colombia, siguiendo este criterio, haya continuado considerando á Panamá como uno de sus Departamentos y que en diversas ocasiones haya rechazado tentadoras y deslumbrantes ofertas en metálico á cambio de su reconocimiento.

El año pasado estuvo en Bogotá el Sr. Carlos Mendoza, ex-presidente Panameño, llevando una especialísima misión de su Gobierno (de Washington), referente á que Colombia reconociese la independencia de Panamá y se estableciesen relaciones diplomáticas.

El Gobierno y el pueblo Colombiano recibieron al Sr. Mendoza con decencia y con cultura, pero no fué posible tomar en cuenta sus proposiciones, lo que visto por el ex-Presidente resolvió retirarse, sin que hubiese sido objeto de alguna manifestación hostil ú otra cosa que molestase á su persona.

Tócanos, pues, á los Colombianos seguir manteniendo nuestro criterio y esperar confiados en que llegará el día en que suene para nosotros la voz de la justicia, anunciando que se nos devuelve lo que se nos quitó y anunciando también al mundo que hay una moral inexorable que vela por los que arbitrariamente son atropellados y que se encarga de reivindicar derechos sacrosantos que unos, por ser fuertes, no quisieron respetar en otros por ser débiles.



1001737375